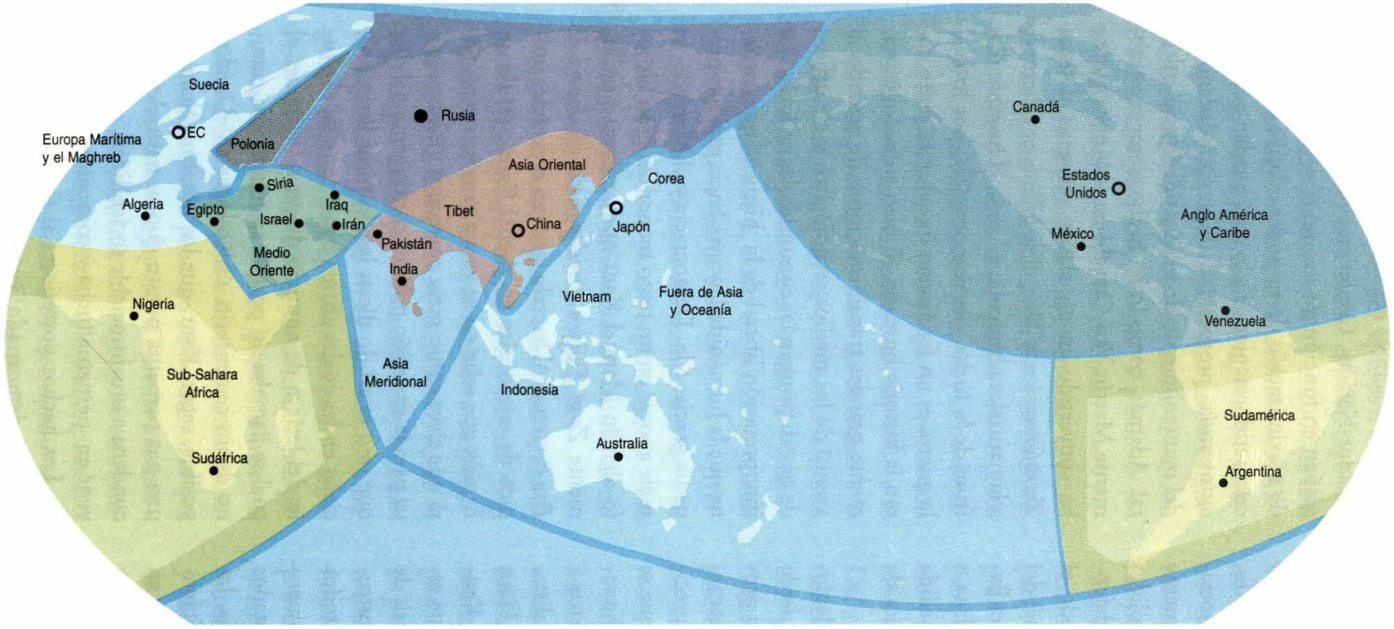
PERSPECTIVAS ESTRATÉGICAS DE LA MARINA DE GUERRA DEL PERÚ A INICIOS DEL SIGLO XXI

Vicealmirante
Luis Vargas Cooban

1. LA NUEVA ESTRUCTURA DEL SISTEMA POLÍTICO INTERNACIONAL

El que la naturaleza política del mundo haya sufrido un cambio de paradigma después del derrumbe de la Unión Soviética es un hecho indubitable. En cambio, sobre la verdadera naturaleza del nuevo sistema existen grandes discusiones. Un grupo importante de especialistas, no el más significativo desde el punto de vista científico pero sí el más influyente sobre los medios de comunicación, puesto que su opinión coincide con los intereses políticos de la potencia hegemónica, sostiene que el nuevo sistema está caracterizado por la unipolaridad del poder político militar, puesta ella al servicio de un sistema legal internacional, lo que a mediano plazo deberá permitir una humanidad integrada en una comunidad mundial regida por la ley y en la cual todo conflicto tendría una solución pacífica, convirtiéndose así la guerra en un anacronismo sangriento destinado a desaparecer poco a poco. El más conocido representante de esta teoría es el filósofo norteamericano Francis Fukuyama quien lanzara la audaz tesis de que habríamos alcanzado el fin de la Historia, concebido esto no como un Apocalipsis sino como un Milenio de Paz y Prosperidad Universales, fruto de la hegemonía militar norteamericana con la consiguiente aplicación de la Democracia de tipo anglosajón como único modelo legítimo de organización política de nivel planetario y del Mercado como exclusivo procedimiento de asignación de recursos en la economía mundial. Se trata, pues, de la versión optimista de la llamada Globalización. Un corolario de esta tesis es que las Fuerzas Armadas nacionales tales y como las conocemos habrían perdido su razón de ser; en el nuevo orden, de momento sólo se requerirían las capacidades militares de la hiperpotencia, esto es los Estados Unidos de América, llamada a fungir como policía mundial encargada de garantizar el cumplimiento de la Ley Internacional y de resguardar el buen funcionamiento del mercado.

Naturalmente, esta hipótesis goza de gran apoyo en los medios de publicidad y suele ser asumida sin mayor crítica por los analistas políticos de los países pequeños y dependientes. Es un fenómeno bastante común ver cómo los más entusiastas marxistas de ayer son hoy los más celosos partidarios de globalismo reconociéndole a Washington la misma potestad su-



Mapa de Cohen.- Según Cohen, su mapa grafica los grandes espacios geopolíticos y geoestratégicos en los cuales está actualmente dividido el mundo, resaltando, lo que vendría a ser la esfera de interés prioritaria hemisférica de los Estados Unidos de Norteamérica, la cual involucraría el Caribe. Sin embargo dadas las condiciones actuales y la preponderancia mundial del recurso agua dulce, esta línea se extendería hacia el sur hasta alcanzar el río Amazonas, por estar contenida en ella la más grande reserva de agua dulce del planeta, con excepción de la Antartida. Esta situación, visualiza, a corto plazo, la preponderante importancia que van a tener tanto el Brasil como el Perú, por ser los dos poseedores, en un 95%, de tan importante curso de agua.

A su vez, por simple observación, vemos que se señala la importancia geopolítica, geoestratégica y geoeconómica del llamado hemisferio Pacífico, con todas las connotaciones que ello conlleva, y donde se encuentran cuatro de las potencias de primer orden, como son China, Japón, Rusia y los Estados Unidos de Norteamérica y dos potencias de segundo orden, tales como Australia y Canadá.

Vuelven a encontrarse frente a frente, las dos grandes corrientes geopolíticas, la de Halford Mckinder, con la "Isla Mundial" y la de Alfred Thayer Mahan con el "Dominio de los Mares".

pranacional que ayer le reconocían a Moscú.

Lamentablemente, esta tesis que auguraba una nueva edad de oro para la humanidad ha resultado ser tan falsa como la que prometía el advenimiento de la sociedad sin clases, esto es, sin conflictos, gracias a los progresos del socialismo. Así como el marxismo - aparentemente una de las ideologías más extendidas y sólidas del mundo cuya presunta infabilidad era defendida por millones de intelectuales en todo el planeta- se ha desvanecido en el aire después del derrumbe del Imperio Soviético del cual era Expresión Doctrinaria, el liberalismo globalista a lo Fukuyama ha ido perdiendo fuerza a medida que se va consolidando la nueva estructura de poder del sistema político internacional.

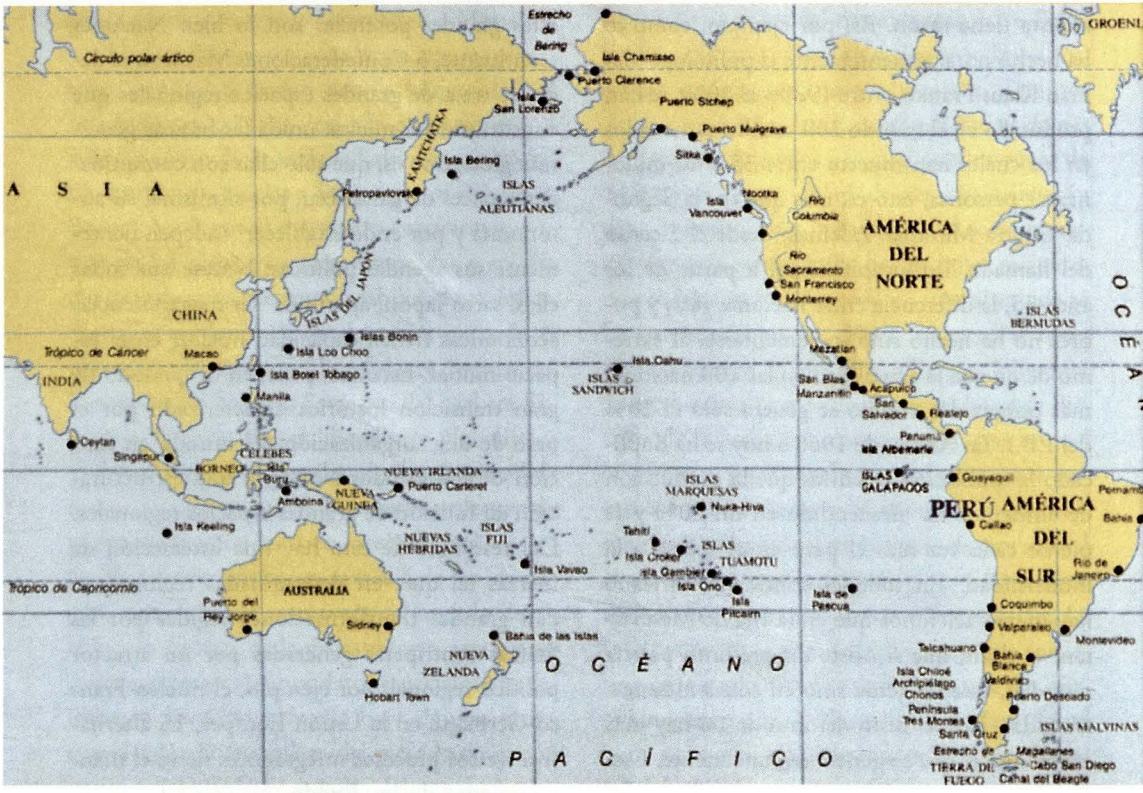
Para poder entender, mas allá de las ideologías, cuál es hoy la estructura del mundo desde el punto de vista de la geoestrategia, voy a proceder a exponer algunos datos especialmente relevantes, pero antes de ello haré algunas precisiones sobre la naturaleza del método en que se apoya este análisis. El método del que me he valido para alcanzar los resultados que ofrezco a través de esta conferencia es el método realista, tal como fuera definido por Carl Schmitt, Hans J. Morgenthau, Kenneth N. Waltz y Paul Kennedy, entre otros. Cabe hacer mención que este método realista no es meramente una tesis de uso académico sino que es también el instrumento de Análisis Político Estratégico de todos lo gobiernos manejados racionalmente, comenzando por las grandes potencias como Estados Unidos, la Unión Europea, China, la India, Japón, siguiendo las pequeñas potencias eficientes como Israel en el Medio Oriente o Chile en Sudamérica, y acabando por las potencias emergentes como Brasil.

El rasgo típico de este método es la comprensión de la acción política en términos de poder. Los actores del sistema, sean éstos Polis, Estados-Nación, Confederaciones o Imperios, actúan en función de sus intereses en términos de maximización de su poder relativo al de sus competidores, gracias a lo cual pueden gozar de autonomía, prosperidad de sus ciudadanos y del mantenimiento de su identidad socio cultural. Además, como lo ha hecho notar recientemente Martín Van Creveld en una obra que se ha convertido en un clásico respecto al tema *Transformation of War*, el conflicto es inherente a la naturaleza humana; es más, el hombre disfruta de la lucha y la competencia, por lo cual la guerra es un fenómeno que durará tanto como la historia humana. Si bien sufrirá naturalmente grandes transformaciones de acuerdo al avance de los medios tecnológicos y científicos de que dispongan las comunidades en lucha. La interpretación liberal de la historia, que sostiene que la humanidad avanza hacia una paz perpetua gracias a la Democracia y el Mercado, se suele apoyar en un texto menor del gran filósofo alemán Manuel Kant que se llama precisamente *Zum Ewigen Frieden*, esto es, *Hacia la Paz Perpetua*. Al hacerlo ignoran el carácter utópico de este escrito en el cual Kant postula un Estado que sabe no se va a alcanzar nunca, para que sirva como meta correctiva y comparativa para la situación política contingente del día; que esto es así, lo dicen las irónicas líneas iniciales en las cuales afirma haber tomado el título del letrero de anuncio de un restaurante, el cual se llamaba así porque se encontraba camino de un cementerio, único lugar en el cual es posible, según Kant, que los hombres alcancen una paz perpetua puesto que su naturaleza los condena a una insociable sociabilidad, esto es, a vivir en perpetua lucha y competencia.

Los hechos posteriores al fin de la Guerra Fría han demostrado hasta qué punto esta tesis

realista tiene razón. Así por ejemplo, como lo ha hecho notar recientemente el politólogo alemán Klaus Franke, entre 1989 y el 2000 se han producido en el mundo 200 conflictos armados en los cuales han muerto entre 35 a 40 millones de personas, esto es, más que en la Segunda Guerra Mundial. Además, desde el ascenso del llamado Turbocapitalismo, a partir de los años 85, la diferencia entre naciones ricas y pobres no ha hecho sino incrementarse, al extremo de que en la actualidad en las 100 naciones más pobres del mundo se genera sólo el 20% del P.B.I. En África, de 1968 a hoy se ha duplicado la población mientras que la producción de alimentos ha descendido en un 20% y se pierde cada vez más el paso en el acceso a la modernidad. En todo el continente africano hay menos teléfonos que en la Isla de Manhattan; es decir, que si existe un presunto policía mundial, éste no actúa sino en zonas muy restringidas. Para el resto del mundo no hay más orden que el que se genera regionalmente. Esta agudización de las diferencias es semilla de futuros conflictos de gran envergadura.

¿Cuál es, pues, la nueva estructura básica de poder en el actual sistema internacional? Evidentemente, no existe una verdadera unipolaridad como la hubo para el mundo civilizado en los tiempos del Imperio Romano. Hoy tenemos un sistema multipolar en el cual existe un hegemón relativo, pero que tiene un poder económico político decreciente en términos comparativos. Si Estados Unidos producía más del 60% del P.B.I. Mundial a fin de los años 50, en la actualidad sólo produce 29%, mientras que la Unión Europea, Japón y China se acercan a esa cifra. Actualmente debe agregarse en el ámbito de grandes potencias a la India, pues ésta ha entrado en un proceso de crecimiento sostenido acelerado comparable al de China. Todas estas grandes potencias son, o bien Naciones Continente, o Confederaciones Mayores; es decir, se trata de grandes espacios regionales que constituyen las nuevas unidades básicas geoestratégicas, esto es, que sólo ellas son comunidades capaces de garantizar, por sí misma, su autonomía y por ende establecer independientemente sus agendas políticas. Nótese que todas ellas, salvo Japón, aparte de ser megapotencias económicas tienen capacidad nuclear en el espacio militar. Estamos, pues, en un periodo de gran transición histórica caracterizado por el paso de una organización del mundo en función de los Estados-Nación a una estructuración en función de grandes espacios regionales. Del resultado de esto hay una interacción de fuerzas tal que, en determinadas regiones, se dan grandes transformaciones regidas por las fuerzas centrípetas generadas por un atractor político regional; por ejemplo, el núcleo Franco-Germano en la Unión Europea. La alternativa a estos procesos integradores no es el mantenimiento de los Estados-Nación tales como los conocemos, sino transformaciones aun mayores de carácter centrífugo como ocurre en África, donde muchos Estados- Nación se encuentran en disolución al haber desaparecido el poder central. El poder está en manos, o bien de pequeños señores de la guerra o de sectas fanáticas ideológicas. Como dice de ellos el alto funcionario de las Naciones Unidas, asesor principal del Secretario General, Shashi Tharoon: "En África se vive bajo el dominio de señores de la guerra que piensan con el estómago y hablan con las Kalaschinitov". Por supuesto, en este último nivel la soberanía no es sino una ficción legal a la que nadie se atiene, ni los Estados vecinos ni las organizaciones internacionales. Para que se entienda los niveles de entropía que se ha alcanzado, debe recordarse que



CUENCA DEL PACÍFICO: hoy, lugar de convergencia, encuentro y competencia del gran espacio regional más importante.

en Ruanda, en los últimos tres años, como resultado de los conflictos tribales, han sido asesinadas mas de 600 mil personas básicamente a lanzasos y a machetazos. Esto último es significativo, porque, como se comprenderá, un embargo de armas no tiene el menor efecto sobre este tipo de conflictos. Desde el punto de vista de la teoría de la hegemonía, estamos ante el caso de un equilibrio hegemónico debilitado, donde surgen competidores que pretenden, primero, igualarse al hegemón y, después, reemplazarlo en el predominio. Como lo han hecho notar Robert Gilpin, A.F.K. Organski y Jacek Kugler, entre otros importantes analistas, en periodos históricos del tipo del actual tienden a multiplicarse los conflictos menores en áreas periféricas del sistema, y a ocurrir, en el mediano plazo, grandes conflictos entre las potencias centrales del Sistema, como lo demuestran las guerras suscitadas por la decadencia de España y el surgimiento de Francia como nuevo hegemón Europeo, y la repetición de conflictos

equivalentes a cuando el surgimiento de Inglaterra o de Alemania.

Vale decir, nos encontramos en un periodo de orden superficial restringido y de grandes turbulencias profundas, las cuales se mueven en las dos direcciones ya mencionadas, esto es, la generación de los nuevos grandes espacios regionales, hecho que implica grandes redistribuciones de poder en el interior de los nuevos actores, y, por otro lado, la lucha entre los grandes poderes regionales ya existentes por redefinir las relaciones de poder, lo que se manifiesta, por ejemplo, en la gestación de zonas de exclusión para las otras grandes potencias; por ejemplo, el éxito conseguido por China al transformar el Mar de China Oriental y Meridional, así como el Mar Amarillo, en una zona de dominio propio y con la capacidad de cerrárselo, a voluntad, a la Flota Americana, lo que logró realizarlo. Un último factor relevante que interviene en la determinación de la estructura profunda del Sistema Internacional es el traslado del Centro Geoestratégico Planetario del Océano Atlántico al Océano Pacífico, lugar de convergencia, encuentro y competencia de los grandes espacios regionales más importantes

Resumiendo, los extraordinarios despliegues de violencia que acontecen en el mundo no son producto de meros desarreglos coyunturales y menos aún de tardías supervivencias de fuerzas del pasado condenadas a la extinción. Se trata, más bien, de la expresión de tendencias profundas y de largo plazo del nuevo Sistema Internacional. Es más, parece casi inevitable que a mediano plazo se den conflictos mayores entre Estados Unidos, en cuanto hegemón en decadencia, con China, Japón o, incluso, la Unión Europea, como lo ha señalado recientemente David Halberstam. En lo que se refiere a la etiología de los conflictos, cabe señalar que la pérdida de importancia de los Estados-Nación lleva consigo la disminución de importancia hasta el punto de la casi desaparición de los conflictos de límites entre Estados-Nación. La que adviene es, en cambio, una época de conflictos en los cuales chocan espacios regionales de culturas diferentes, como ocurre, una vez más en la historia, en los Balcanes y, además, en la lucha por bienes escasos e imprescindibles para la supervivencia, como por ejemplo, las fuentes de proteínas animales y el agua dulce.

Permítanme aclarar este último punto. En la tierra existen 1400 millones de kilómetros cúbicos de agua, lo que determina el espléndido color azul con el que se ve a nuestro planeta; pero de ello el 99,3% es agua salada, sólo el 0,7 es agua dulce. Dado el enorme crecimiento de la población del mundo, y además su incorrecto posicionamiento geográfico, según estudios de las Naciones Unidas a más tardar a partir del año 2025 el agua dulce será agudamente escaso. Ahora bien, el 60% del agua dulce del mundo está en posesión de tan sólo 9 países entre los cuales se encuentran Perú y Brasil como condóminos del Amazonas. Esto quiere decir, que estos países o regiones se verán sometidos a crecientes presiones para arrebatárseles el control de este recurso que tiene un carácter cada vez más estratégico. Ello es una fuente potencial de graves conflictos. El científico social norteamericano Peter Gleick ha ubicado 50 conflictos potenciales de gran intensidad a mediano plazo a causa del agua; entre ellos, uno por la posesión del agua del Lago Titicaca, sin cuyo recurso –indicó- no es viable el desarrollo del norte chileno. Un factor que agrava esta situación es la aparición de grandes transnacionales decididas a apoderarse del recurso agua; sus negocios actualmente generan 10 mil millones de dólares al año. Estados Unidos comien-

za ya a presionar para que se constituya un Tribunal Internacional del Agua encargado de la distribución y cuidado del recurso.

Me serviré de este último asunto para introducir un corolario indispensable para la comprensión de la temática que vengo desarrollando. La impresión general que domina hoy en el público culto común es que los tribunales internacionales adquieren cada vez más importancia como instrumentos de solución de conflictos; por lo que llegarán a sustituir enteramente a la guerra como instrumento de solución de los problemas entre naciones, encargándose además de castigar a quienes generen guerras o cometan crímenes en ellas, para lo cual se está constituyendo un Tribunal Penal Internacional. Pues bien, Estados Unidos, principal promotor de este organismo, se niega, sin embargo, a ponerse bajo su jurisdicción. No sólo ello, sino que han forzado a que todos los países que se están integrando a este Tribunal admitan una reserva según la cual se comprometen a no iniciar en él nunca un proceso contra un ciudadano americano. Para acabar de perfeccionar este hecho, el senado americano ha emitido una resolución que compromete al gobierno de ese país a hacer uso de las armas para rescatar a aquél de sus ciudadanos que fuese acusado de crímenes de guerra por un tribunal extranjero. Vale decir que el tal Tribunal, al no ser universal, y al no aplicarse sino a países pequeños y medianos, en realidad acabará convirtiéndose en un mero instrumento de domesticación de países dependientes. Al final se repetirá el caso de la Liga de las Naciones, que en el periodo de entre guerra no condenó a Italia por agredir a Etiopía, porque Francia e Inglaterra estaban interesadas en su alianza, y sí condenó a Japón por agredir a China, cosa que habían hecho antes todas las potencias occidentales incluyendo a Estados Unidos. Ambas decisiones contribuyeron sustancialmente a la generación de la Segunda Guerra Mundial. El nuevo Tribunal Penal Internacional está condenado o a la inoperancia o a ser causa efectiva de serios conflictos.

El saliente Presidente Clinton, como uno de sus últimos actos, ha firmado el tratado, pero el presidente electo Bush ha dejado saber que su gobierno no hará ratificar el mismo por el Senado, con lo cual el nuevo Tribunal Penal Internacional no entrará en validez para los Estados Unidos.

2. EL SUBSISTEMA SUDAMERICANO Y LA POSICION DEL PERÚ

Como lo ha hecho notar el politólogo americano Samuel P. Huntington en su obra clave *El choque de Civilizaciones*, la cultura es el principio que viene rigiendo el proceso de integración de los grandes espacios regionales, de las nuevas unidades fundamentales de orden político mundial. Así, Estados Unidos y su zona de influencia encarnan la cultura anglo-sajona; la Unión Europea, la cultura occidental clásica; China y los nuevos países industrializados de Oriente, la cultura confucionista; la India, la cultura hinduista, etc. Dentro de esta línea de interpretación que no parece la correcta, Huntington ve en Sudamérica una cultura con naturaleza propia, aunque emparentada con la occidental. Por consiguiente, en ella se da la condición básica para la generación de un gran espacio regional y vienen actuando, con especial eficacia, la sinergia de las mega-fusiones políticas y económicas en curso. Ello viene provocando en nuestro continente un proceso integratorio de aceleración creciente, integración

que conduce a una forma de unificación política y económica que nos permitirá llegar a ser verdaderos actores en el escenario mundial. Un ejemplo de esto es el sumamente exitoso proceso de integración del MERCOSUR. Esta tendencia debe conducir, a fines de la actual década, a una América del Sur integrada en una unión aduanera probablemente dotada de una moneda única y de los correspondientes mecanismos de control macroeconómico. Esto implicará necesariamente un proceso de integración política del suficiente nivel como para generar un sistema de solución de conflictos internos sin necesidad de intervención de potencias extraregionales y una política exterior unificada respaldada a mediano plazo por un sistema de defensa colectivo. Todo esto puede sonar muy utópico, pero ocurre que las tendencias políticas y económicas a nivel planetario marchan en esa dirección; esto es, a la constitución de grandes mercados económicos con la suficiente masa crítica humana como para participar eficazmente en la división del trabajo mundial actual, regida por una ciencia y técnica cuyos costos de innovación son cada vez más gigantescos.

Como he mencionado líneas arriba, a esta integración no se le presenta como alternativa el mantenimiento de la situación previa, esto es la de pequeños o medianos Estados-Nación. Estos, como ha demostrado brillantemente el internacionalista peruano Oswaldo de Rivero en su libro *El Mito del Desarrollo*, están destinados a convertirse en naciones inviables y han de caer en un proceso de Entropía Socio-Política creciente. Que esto es así, nos lo viene demostrando el caso de Colombia. Un Estado - Nación de una dimensión respetable en el escenario mundial, rica en recursos y sin problemas acuciantes de deuda externa, rasgos que le hubiesen asegurado un despegue en el desarrollo económico en los años 60 del siglo que ha finalizado. En la actualidad todo ello no le basta ni siquiera para evitar el estar en situación de casi implosión interior.

Ahora bien, todo proceso de integración exitoso supone un gran atractor que funcione como dinamizador y organizador del proceso. En el caso sudamericano, este rol lo cumple Brasil, quien es ya por sí solo una potencia emergente a nivel planetario. Es la octava potencia económica del mundo, con un producto bruto de 850 mil millones de dólares al año, con un aparato industrial muy avanzado apoyado por un sistema de instrucción superior de primer rango. Para que se aprecie el impulso del desarrollo brasilero, basta con tomar en consideración las siguientes cifras: En el año 60, el producto bruto brasileño era equivalente a la mitad de la suma de los productos brutos de todos los otros países de Sudamérica juntos; en el año 80, su producto bruto ya era igual al de la suma de los otros países. En el presente año su producto bruto duplica al de los demás países de Sudamérica reunidos.

En el ámbito económico las funciones de gran atractor las ha cumplido Brasil inicialmente con los países de mayor desarrollo relativo con los cuales conforma el MERCOSUR. A estas alturas es el principal socio comercial y financiero de todos ellos, de manera que ninguno podría sobrevivir económicamente a su separación del MERCOSUR. Además, Brasil ha superado ya las barreras ideológicas que le impedían asumir un liderazgo efectivo del proceso de integración sudamericano. Como se recordará, la geopolítica clásica brasileña partía de tres supuestos, a saber: El temor de una alianza en su contra de todos los países sudamericanos de habla hispana; la identificación

de Brasil como país occidental, y, finalmente, la orientación hacia África -a través del Atlántico-, continente en el cual esperaba poder proyectar, por razones de unidad racial, su influencia y poder político. En la actualidad, nuevos pensadores, como Teresinha de Castro, recientemente fallecida, han conseguido reorientar la mirada geopolítica brasileña: el nuevo punto de partida es que Sudamérica es una realidad política específica y no meramente una excrecencia lejana de occidente. Además, el Centro Geoestratégico del mundo de hoy es el Pacífico, no el Atlántico, y Brasil tiene su esfera natural de influencia no en África sino en Sudamérica.

Identificado el gran atractor, tenemos que visualizar las fuerzas en juego en el proceso de integración. Recuérdese que todo proceso de integración supone una redistribución de poder en el ámbito integrativo. Por lo pronto, al generarse un centro se definen, a partir de él, una o varias periferias. Si el proceso integrativo tiene éxito, todos sus miembros se benefician desigualmente. El centro tiene un papel hegemónico y definitorio, y es el principal beneficiario. Para ello, la primera tarea, desde el punto de vista político es la constitución de este centro a partir y en función de lo cual se organizará el gran espacio regional sudamericano. La segunda tarea consiste en el establecimiento de la vía privilegiada de entrada y salida al Pacífico para esta Sudamérica unida. En la actualidad existe solamente un país, aparte de Brasil, que planifica su política en función de las grandes tendencias mundiales de lago plazo. Se trata de Chile. El Estado chileno ha trazado una gran estrategia nacional basada en la tesis según la cual Chile debe ser el país puerto de América del Sur, convirtiéndose, por tanto, en el centro comercial y financiero del continente y, con todo ello, en el socio privilegiado de Brasil, junto al cual espera convertirse en centro hegemónico de Sudamérica. Para reforzar su posición en esa dirección, viene trazando paralelamente una política de alianza estratégica con Argentina y Uruguay con los cuales presume tener una afinidad racial y cultural. Trata así de constituir dentro de Sudamérica un ámbito moderno, racialmente blanco y de mayor nivel cultural relativo, en el cual Chile ejercería una hegemonía político militar; esto a pesar del mayor peso económico de Argentina, dada la debilidad militar y falta de voluntad estratégica de la misma. Así, Chile, como cabeza de este grupo, equilibraría a largo plazo a Brasil.

Estamos, pues, ante uno de los más decisivos retos que se hayan planteado a nuestra Nación, puesto que de realizarse el proyecto chileno quedaríamos convertidos en un país meramente dependiente de este centro Brasileño – Chileno. Tenemos, pues, que trazar en el más breve plazo una gran estrategia nacional que nos permita posicionarnos ventajosamente en el nuevo espacio regional en surgimiento. La inactividad o, peor aun, el intento de aferrarnos al pasado manteniéndonos al margen del proceso integratorio sólo puede conducirnos a una situación de periferia que desdeciría totalmente de nuestro gran legado histórico.

Afortunadamente, disponemos de grandes ventajas geopolíticas, las cuales predeterminan prácticamente la gran estrategia nacional a trazarse. Basta con mirar el mapa de Sudamérica para darse cuenta que una alianza estratégica del Perú con Brasil tiene garantizado el control del gran núcleo central del continente. En los dos países se encuentran: el centro geoestratégico de los Andes, que son la columna vertebral de Sudamérica, y la llanura Amazónica

que es su gran espacio interior y su centro de consolidación a futuro. En el Perú se encuentran, además, las dos únicas bahías de aguas profundas capaces de sustentar auténticos megapuertos para América del Sur. Nos referimos a Bayóvar y San Juan. El pretendido megapuerto que vienen construyendo los chilenos en Mejillones carece de la profundidad y condiciones de navegabilidad adecuadas. Por lo tanto, el país llamado, por los hechos, a ser país puerto de América del Sur es el Perú. Lo que viene apoyado por el desarrollo de las técnicas de transporte multimodal. El futuro de la navegación comercial se apoya en los supertransportadores de contenedores. Piénsese que sólo en los astilleros de la Hyundai, en Corea del Sur, se viene construyendo 70 buques con capacidad para transportar más de 150 mil toneladas cada uno. Es obvio que ninguno de ellos podría atravesar el Canal de Panamá. Esto hace no sólo necesario sino urgente el megapuerto Sudamericano en la Costa del Pacífico. Para que se vea las inmediatas consecuencias de esto, su realización implicaría que la soya brasileña, dado su menor costo de producción, desplazaría totalmente a la soya americana del mercado mundial. Resumiendo, un Megapuerto Peruano supondría una reducción de costos de transporte de hasta el 40% de los productos que entraran o salieran de la Cuenca del Pacífico de nuestro continente.

A esto debe sumarse el que nuestra economía es complementaria con la de Brasil; nosotros disponemos de las fuentes de minerales, energía y proteínas de origen marino y de muy bajo costo, riquezas y productos que Brasil no tiene.

Una gran estrategia nacional correctamente concebida nos garantizaría, pues, el poder asumir un papel central y de coliderazgo en el nuevo Gran Espacio Regional Sudamericano. Una Sudamérica así integrada será capaz de ostentar una verdadera soberanía y, por consiguiente, de trazarse una agenda política en función de los propios intereses y no de los de potencias extraregionales.

Desde el punto de vista de la Seguridad, este proceso de integración al generar un nuevo actor planetario trae consigo la necesidad de plantear una política de defensa regional acorde al nuevo rango planetario que se adquiera. Afortunadamente, en el momento actual Sudamérica se encuentra en un ámbito de marginalidad estratégica; esto es, no estamos en la esfera de interés estratégico prioritario de ninguna potencia, ni positiva ni negativamente. La gran potencia más cercana, Estados Unidos de América, ha definido su espacio estratégico de tal modo que, como nos lo recuerda Saúl Cohen, el más importante geopolítico americano de hoy, su esfera de interés prioritario en el hemisferio llega sólo hasta el Caribe. Paralelamente, desde el fin de la Guerra Fría, no hay ninguna gran potencia extrahemisférica hostil y con pretensión de expandirse a nuestro continente. Por consiguiente América del Sur está en posición de poder asumir, a mediano plazo, la responsabilidad de su propia seguridad, sin amenazar por ello a nadie. La integración sudamericana no supone confrontación con los Estados Unidos sino la sustitución del TIAR -que no tuvo nunca ninguna eficiencia en cuanto al servicio de los intereses sudamericanos y que se ha vuelto obsoleto dada la falta de una amenaza extrahemisférica- por una nueva forma de alianza, más prioritaria, en la cual se tomen en cuenta los intereses de ambas partes, como la que existe actualmente entre Estados Unidos y la Unión Europea. Ello, a su vez, no implicaría que esta alianza estuviese dirigida contra ningu-

na otra gran potencia específica ni que excluyese otras alianzas estratégicas con grandes potencias extracontinentales amigas.

Se trata, pues, de poder participar eficazmente en el mantenimiento permanente de un equilibrio entre las grandes potencias planetarias, de modo que el nuevo orden del mundo se hiciese compatible con nuestros altos intereses.

3. TAREAS ESTRATÉGICAS PARA LA MARINA DE GUERRA DEL PERÚ EN EL SIGLO XXI

De acuerdo al panorama estratégico global y regional que he descrito, las tareas estratégicas que se le presentan a la Marina de Guerra del Perú en el siglo XXI son bastantes más complejas e importantes que las que fueron en el siglo pasado. Estas se definían meramente en función de los intereses de un Estado-Nación de mediano tamaño, sin vocación expansiva, cuya posición geopolítica y la vecindad de naciones ambiciosas y expansivas lo condenaron a una posición defensiva permanente, sin más norte que preservar todo lo que fuese posible del territorio heredado. Sólo durante muy cortos periodos de nuestra historia tuvimos gobiernos que se orientaron a una política de autoafirmación que fuera más allá del mero sobrevivir, intentando obtener una posición de predominio en el Pacífico. Las definiciones políticas y los consiguientes diseños estratégicos de la Marina de Guerra del Perú se adecuaron en el siglo XX a estos hechos:

En la situación actual las tareas estratégicas tienen dos niveles distintos: el más elemental, o inicial, pertenece a aquellas tareas que están orientadas hacia la autoconservación de nuestra Nación; las de segundo nivel, más adecuados, son aquellas referidas al posicionamiento de nuestro país en el centro hegemónico del Gran Espacio Regional Sudamericano en gestación.

La modalidad que asumirán estas tareas en los dos niveles se basará en el hecho de que, prácticamente, no hay posibilidad, a mediano ni largo plazo, que se dé una guerra, en el sentido clásico de la palabra, en el interior de Sudamérica. Lo que sí puede darse, y para lo cual debemos estar preparados, son aquellos conflictos que se mueven en el ámbito denominado de ni paz ni guerra. Esto es, Conflictos Armados Convencionales; no totales, pero sí con la capacidad de aplicar todo el horizonte de medidas de retorsión y represalia que permite, cada vez con más amplitud, el Derecho Internacional dadas las transformaciones que éste viene sufriendo en función de enmarcar las políticas del hegemón americano. Como se recordará, Estados Unidos planifica una política planetaria sustentada en función de una nueva estrategia -la de John Warden-, la cual implica ataques en todos los niveles de existencia del adversario sin el menor respeto por la división clásica anteriormente vigente entre objetivos militares y civiles. Como se recordará, en este último caso se prescindió de toda forma de aprobación por las Naciones Unidas. Los Estados Unidos y la Unión Europea actuaron sin más mandato que la voluntad de sus gobernantes. La tesis en la que se apoyaron es que las grandes potencias tienen derecho a intervenir militarmente donde quiera que estén en peligro los derechos humanos. El 23 de octubre del año pasado, el ex supremo Comandante de las Fuerzas de la OTAN, General Wesley Clark, declaró a "Der Spiegel" que si bien, en principio, toda intervención humanitaria debía ser aprobada por el

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para ser legal, en los casos en que como el de Kosovo se corría el riesgo de que alguna potencia vetase la operación debería prescindirse de solicitar ese permiso. Esto significa que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en la práctica ha dejado de ser la más alta instancia del Sistema Internacional.

Ahora bien, gracias a Dios, al igual que África y -a diferencia de Serbia y de Irak-, Sudamérica no es una zona de primer rango estratégico, lo que disminuye casi a cero la posibilidad de ser víctima de una de las devastadoras intervenciones humanitarias de la O.T.A.N., o de los americanos solos. Pero a medida que crezca la importancia estratégica de la región deberán crecer proporcionalmente los medios de su defensa, teniéndose como último límite el impuesto por el hecho de que no hay actor planetario sin capacidad nuclear.

Recapitulando: Después de las intervenciones en Irak y en Kosovo, el Derecho Internacional ha evolucionado hasta permitir que ataques puntuales a objetivos tales como centros de comando políticos o militares, puentes, aeropuertos, puertos, centros de comunicación, establecimientos industriales, centros generadores de energía eléctrica, refinerías de petróleo, etc., sean lícitos como actos de retorsión o represalia. Naturalmente, nuestro país -que nunca ha tenido una vocación agresiva- no recurriría a tales medios sino en casos absolutamente extremos; pero debemos estar en la situación de disuadir efectivamente a cualquier vecino de tradición agresiva y expansiva, de recurrir a tales métodos o a la mera amenaza de uso de los mismos para imponernos ellos su agenda política.

El primer nivel de tareas estratégicas de la Marina de Guerra del Perú en el Siglo XXI se refiere, como he dicho, a la autoconservación del Perú. En este caso, ello implica la custodia plenamente efectiva de los recursos estratégicos de que disponemos. Los más importantes en lo que a la Marina se refiere son: los inmensos recursos proteínicos y minerales del mar peruano y los recursos hídricos y forestales de la Amazonía. Sólo esto amerita, por un lado, el diseño de una Marina de Aguas Verdes capaz de cumplir a plenitud las labores de custodia en nuestras 200 millas, además de una Marina de Aguas Marrones en la Amazonía orientada al Atlántico, de rango importante tal como para ser capaz de custodiar, en colaboración con la Marina Brasileña, la Amazonía con plena eficacia, de tal modo que se quite todo pretexto de intervención a cualquier potencia foránea.

El segundo nivel se refiere a la ya mencionada disuasión de toda potencia intraregional que pudiese estar interesada en impedir nuestro adecuado posicionamiento en el proceso de integración sudamericana. Este nivel de tareas supone que nuestra Marina debe proyectar su desarrollo a largo plazo en función a la protección de los megapuertos sudamericanos y en el Perú a la protección de las rutas que conducen a ellos. Esto supone la alianza privilegiada con Brasil, lo cual es el eje de nuestra gran estrategia de desarrollo y por consiguiente de nuestra seguridad. Esta última tarea requiere de una Marina de Aguas Azules a cuya formación debemos aspirar pero cuyo costo excede largamente nuestros recursos actuales.

Antes de concluir quisiera hacer mención a la llamada Teoría Estratégica del Mar Presencial. En mi concepto, esta teoría es hecha a medida del interés nacional chileno, puesto que le garantiza una posición de predominio y control sobre un espacio de gran importancia estratégica; pero no coincide con los intereses del gran espacio regional sudamericano en gestación, al

no ser sino una vuelta al concepto del Mare Clausum en una época en la que la globalización nos condena a una política de Mare Liberum lo más amplio posible.

La teoría del Mar Presencial es, en realidad, una teoría defensiva. Nuestro continente requiere de una mentalidad estratégica expansiva que le permita, económicamente competir en todos los mercados y, políticamente, proyectar poder a los puntos clave en el mapa estratégico global. El Perú, pues, debe ser un abanderado del derecho del Mar tal como está plasmado en la convención vigente apoyando consecuentemente una política marítimo-naval regional tal que garantice nuestra presencia libre en todos los océanos.

Naturalmente, las tareas estratégicas aquí esbozadas sólo podrán cumplirse con uso de los más modernos y eficientes medios de guerra. No debemos olvidar que estamos entrando en un periodo de revolución tecnológica de lo militar en la que los medios clásicos de combate están siendo complementados y potenciados por nuevos medios no convencionales de relativo bajo costo y altísima efectividad, como son, por ejemplo, los medios de la llamada Ciberguerra.

La revolución técnica militar en curso se apoya fundamentalmente en la potenciación al máximo de las capacidades y las competencias del material humano. La Marina requiere, para el futuro, personal no sólo altamente calificado sino inmerso en un proceso incesante de generación y adquisición de nuevos conocimientos. Es decir, que la capacitación, la investigación y el desarrollo deberán ser tareas prioritarias en el futuro.

La Marina de Guerra del Perú se apresta a zarpar hacia los mares de una nueva época. Hagamos esfuerzo de estar a la altura -en ella- de la vieja gloria que nos ha legado el pasado, y a la altura también de las nuevas tareas que nos impone el futuro de la Patria.

